

Derrida o De Man— cuya profundidad hay que penetrar. Y no para sustituir una voz por otra, desde la infancia a la senectud, sino para encontrar, por debajo y por encima de la conciencia del yo y la afirmación egocéntrica, una «lingua franca», una «cordura básica» que sería fundamento de todo: «una realidad que nada tiene que ver con objetos o sujetos, sino que es una unidad cósmica de amor», escribe Huxley a Osmond, relatándole su experiencia, en una carta.

«Nuestra tarea es despertar. Tenemos que encontrar los medios para detectar la totalidad de la realidad en esa parte ilusoria que es la única que nos permite ver nuestra conciencia egocéntrica», insiste Huxley aún en el ensayo sobre Shakespeare terminado tres días antes de morir. Una atención a lo personal que no olvida nunca la realidad social —los dos polos que constituyen el valor de la obra de Huxley—, porque, ¿cómo desarrollar una conciencia más despierta si la sociedad permanece anclada en narraciones ideológicas obsoletas y en prejuicios culturales, étnicos y religiosos que fomentan la división y la lucha? En uno de sus últimos ensayos, *Cultura e Individuo*, escribe con preocupación: «En un mundo con un crecimiento explosivo de población, precipitados avances tecnológicos y un nacionalismo militante, el tiempo de que disponemos está estrictamente limitado». Y Laura, recor-

dando una conferencia de Aldous Huxley, pronunciada poco antes de morir: «Es un tanto embarazoso que después de cuarenta y cinco años de investigación y estudio, el mejor consejo que puedo darles es que sean más amables unos con otros».

**Luis Bodelón**

**Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español**, Mechtild Albert (ed.), Vervuert, Frankfurt a.M., 1998, 276 pp.

Como se recordará, el título de la monografía editada por Albert alude a la más citada de las frases que don Miguel de Unamuno espetara a Millán Astray el 12 de octubre de 1936 en el paraninfo de la Universidad de Salamanca con ocasión de la apertura del año académico: «Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta [...]». Título bien elegido, tratándose de una gavilla de ensayos de distinta naturaleza pero de parecida enjundia sobre la literatura e ideología falangistas. El volumen consta de cinco partes o secciones, tituladas, respectivamente: «Política e ideología», «Configuraciones literarias e ideológicas», «Teatro y propaganda», «Mitos literarios y la guerra civil» y «El fascismo en la literatura de la democracia».

La primera sección es la sola que aborda explícitamente aspectos históricos, ideológicos, políticos y económicos. Los tres trabajos que la integran indagan, respectivamente: a) sobre los significados del término *fascista* en los años de la II República y sus semejanzas y diferencias con los «modelos» foráneos; b) sobre los significados de algunas características clave de las varias etapas de la realidad política del franquismo (autarquía, autoritarismo y modernización de la última década); y c) sobre el filosefardismo defendido y postulado por intelectuales conservadores o incluso declaradamente fascistas (Giménez Caballero era quizá el caso más llamativo) en las páginas de *La Gaceta Literaria* (un filosefardismo, por tanto, en clara discrepancia con el antisemitismo postulado por el fascismo alemán).

Los ensayos de la segunda sección versan sobre obras de José María Salaverría, Concha Espina y Tomás Borrás, y constituyen tres ejemplos ilustradores de la configuración del pensamiento reaccionario, del estorbo deliberado de la emancipación femenina y del arranque de la escritura tremendista (un tremendismo de terso cuño fascista). En la parte tercera se vuelve sobre la pregunta del teatro de masas en la época de la II República y se analizan piezas de teatro de Ignacio Luca de Tena desde la estética de lo trivial como instrumento

ideológico y de Agustín de Foxá como paradigma literario de la propaganda franquista. En la sección penúltima se estudian algunos procedimientos literarios utilizados por autores fascistas para configurar el «mito del imperio» y se indaga sobre el alcance político, histórico y cultural del Madrid republicano asediado –Madridgrado para los asediados– y la fobia vengadora contra la capital «traidora». En la sección que cierra el libro se analizan algunas obras recientes que tematizan los años de la dictadura, entre las que figuran *Los rojos ganaron la guerra* (de Vizcaíno Casas), *La cólera de Aquiles* (de Luis Goytisolo), *La muchacha de las bragas de oro* (de Juan Marsé), *Beatus ille* y *El jinete polaco* (de Muñoz Molina), *Los mares del sur* y *El pianista* (de Vázquez Montalbán) y *El mismo mar de todos los veranos* (de Esther Tusquets).

**Los quijotes del Quijote. Historia de una aventura creativa,** José Ángel Ascunce Arrieta, Edición Reichenberger (*Teatro del Siglo de Oro, estudios de literatura, vol. 43*), Kassel, 1997, 547 pp.

La monografía de Ascunce Arrieta sobre el *Quijote* no es una más: sin dejar de ser erudito y estar muy